

EN tiempos, la Real Academia Española tenía que cubrir sus

CATALUÑA Y LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

vacantes entre los residentes en Madrid. Ese muro reglamentario desapareció, pero la impenitente rutina en que caen corporaciones e individuos ha impedido que el hecho haya trascendido a la realidad de la docta casa. La línea de menor resistencia esquiva los contactos con las nuevas situaciones y todo viene a quedar igual que antes. Siempre hay un amigo prestigioso al que votar y algún agente cordial para muñir su candidatura. No se comete injusticia, pero sí olvidos perniciosos. Llega un punto en que el balance no es presentable, no puede ser aceptado por ningún contador jurado.

Se desvirtúa el propósito fundacional si las corporaciones de espíritu abierto se convierten en una especie de cotos herméticos donde para entrar no basta exhibir los títulos justificativos, sino "tener ambiente", contar con amigos. Al redactar su juicio crítico sobre el reinado de los dos primeros Borbones de la Monarquía española, dice el historiador Lafuente que "fueron protectores decididos de las letras y que bajo su amparo las ciencias y las artes empezaron a sacudir el marasmo y a salir de la esclavitud en que habían estado sumergidas en los últimos tiempos. Gloria será siempre—añade—de la primera mitad del siglo XVIII y de los soberanos que en ella reinaron, la creación de esos cuerpos literarios que son al propio tiempo manantiales fecundos y depósitos perennes del saber, focos inagotables de luz que están alumbrando perpetuamente, sin morir ni agotarse nunca, a semejanza del sol".

Alude—y lo precisa después—a las Academias que crearon los dos Monarcas y entre ellas a la Española, nacida por Real cédula de Felipe V en octubre de 1714. No ha caído en marasmo, pero sí en esclavitud geográfica, en centralismo, y a esos focos de luz hay que añadirles nuevos resplandores con la incorporación de otras literaturas distantes de Madrid. Por ejemplo, la radiante antorcha de las letras catalanas, cultivadas en idioma español, sea castellano o catalán, con más abundancia en castellano. Por un conjunto de circunstancias, su representación en la Academia es tan ilustre como menuda.

Integran hoy la Española 34 insignes varones: diez castellanos, ocho andaluces (cinco granadinos, dos sevillanos y un gaditano), seis gallegos, cuatro valencianos, dos aragoneses, un catalán (leridano), un vasco, un extremeño y un francés de nacimiento, pero de ilustre abolengo español. Sorprendente distribución geográfica. Reducida a términos deportivos resulta que Granada gana por 5-0 a Barcelona, resultado a todas luces injusto, anormal y escandaloso. Los cinco tantos granadinos son, sin duda, legítimos, pero algo ha sucedido con el equipo arbitral: se ha dormido. Es preciso que el balón vuelva al centro del campo y continúe el juego. Barcelona tendrá que apuntarse ocho o diez tantos para que el marcador quede más equilibrado. Ese cero sarcásti-

co tiene rápidamente que desaparecer.

Sería capcioso argumento replicar que la Academia no mira la naturaleza de sus candidatos porque sólo los méritos pesan en su ánimo. Son, sin embargo, razones de proximidad las que influyen de modo decisivo, porque si así no fuera las letras catalanas tienen tan múltiple valor que desequilibrarían no pocas balanzas. Roto el viejo prejuicio de la residencia en Madrid, no basta ya buscar en lo cercano; hay que mirar más lejos y olvidar los recuentos amistosos, los ambientes de compromiso y las ceremonias de antiguas cortesías. Importan más las luces, estén donde estén.

Hubiera sido insigne acierto que la Academia mostrara urgente impaciencia por llevar a su seno a las más altas figuras de la literatura de Cataluña. Resultaría una forma de engrandecimiento, de ampliar los estrechos límites actuales para que entrara a torrentes la luminosidad mediterránea. Lo exige también la más noble política. Un gran escritor catalán, "Gaziel", ha puesto un estupendo prólogo a la edición castellana de su libro "Castilla adentro". "Suponer—dice—que no debemos preocuparnos especialmente de esa alma en pena catalana, es ignorar que el separatismo no ha sido nunca una causa, sino un puro efecto. La causa esencial, la verdadera, es el expulsionismo a que se vieron condenados dentro de la Península Ibérica los que en modo alguno podían, porque es radicalmente distinto a su naturaleza, renunciar a lo más profundo y auténtico de su ser para castellanizarse por completo." Y más adelante: los expulsionistas "indignaban a Maragall porque no admitían que pudieran ser tan españoles, al menos como ellos, quienes experimentan la imposibilidad espiritual de serlo como un puro remedo o emanación de ellos".

En el mismo trabajo hace "Gaziel" una fría, inteligente, implacable condena del separatismo, que califica de falso, anacrónico y estéril "como hijo legítimo de su antagonista: el expulsionismo anticatalán".

Hay en Cataluña—y en el resto del territorio nacional—un españolismo hueró de chinchín y tambor, aborrecido por

Maragall y por muchas mentes ilustres. Fero hay otro españolismo más profundo y exasperado que contempla a Castilla con inmensa amargura porque no la encuentra a la escala de su misión histórica. Se resiste a perder la fe de que algún día la Castilla que forjó la unidad de una España, que no es como ella la proyectó y la quiso, hará suyo el gran ideal peninsular y lo convertirá en viva y operante sustancia. En ese españolismo desesperado se alinea Maragall cuando clama en su "Oda a Espanya":

- ¿Dónde estás, España? No logro verte.
- ¿No te hiere mi voz atronadora?
- ¿No entiendes esta lengua que te habla en- [tre peligros?]
- ¿No sabes ya comprender a tus hijos?

Ese grito desgarrador a la madre distraída que no entiende la lengua que le habla con atronador acento, ni comprende los anhelos del hijo, no es el único que se ha alzado desde las entrañables y privilegiadas tierras de Cataluña. Con expresión de hoy, dice Salvador Espriu:

Diversos són els homes y diverses les [parles
convindrán molts noms a un sol amor.

A ese solo amor, en que coincidirán hombres diversos y lenguas distintas, hay que corresponder con ardiente sinceridad. Es un sentimiento que alcanza aún más a los intelectuales que a los políticos. Muchos escritores madrileños, por residencia o nacimiento, siguen con atenta admiración y simpatía la fecunda actividad de los catalanes en su obra filosófica, de creación literaria, de ensayo, de investigación y de crítica. Una literatura gloriosa de la que se puede decir lo que Alfonso XIII dijo de Cataluña: el más rico florón del reino.

Pero obras son amores. La indiferencia, aunque sea aparente, aunque no exista más que en la superficie de unos hechos que deben más a la rutina que a los actos conscientes y deliberados, tiene que desaparecer. Las letras catalanas, las que viven y se desarrollan en aquel litoral, tienen que hacer su entrada por la puerta de los inmortales que se abre en la calle de Felipe IV para las recepciones solemnes. Fue precisamente a Felipe IV a quien Quevedo dedicó el más importante de sus discursos políticos y lo encabezó con palabras que hoy, salvo ligeras variaciones, puede tomar la Real Academia como dirigidas a ella: "Tiene vuestra majestad de Dios tantos y tan grandes reinos, que sólo de su boca y acciones y de los que le imitaron, puede tomar modo de gobernar con acierto y providencia."

Que Dios dé providencia y acierto a esos altos varones que disponen de los grandes reinos del idioma. Y que sepan ensanchar, acrecer y avivar el esplendor que figura en el crisol de su divisa.

Vicente GALLEGÓ